moñona

Número 6

MAR 2026

Palurda
Palestra

Portada

Juan Pablo Vergara-Marín

Equipo Editorial

Gabriel Borja

Juan Pablo Vergara-Marín

Alejandro Bastidas

Escritores

Eddy Araque

Leidy Silva

Alejandro Bastidas

Maria Rabuffetti

Juan Pablo Vergara-Marín

Samuel Muñoz

Editorial Palurda Palestra 2026
Moñona número 6
Derechos sin proteger
No hay plata para el **ISBN**
Edición Gabriel Borja
Publicado Marzo 2026

Contenido

Nota editorial | Juan Pablo **Vergara-Marín**..... 3

La princesa y sus guisantes | Eddy **Araque**..... 7

Piratas | Leidy **Silva** & Alejandro **Bastidas**..... 13

Sanguijuela en Heathrow | Maria **Rabuffetti**..... 20

Tragedias y escamas | Juan P. **Vergara Marín**..... 26

Mala Estrella | Samuel **Muñoz**..... 37

Nota editorial

Ceremonias | Juan Pablo **Vergara-Marín**

■■■

Apreciados y merecidos lectores,

Estamos en el lunes de la sexta edición de la ‘moñona’. En nuestro intento por reunir distintas voces también le agregamos otro significado a la palabra, además del plato de comida, del máximo puntaje en un juego de tejo, y de la chuza a medias en el boliche. Nos convencimos de reunirnos a partir de ahora cada quince días, o en cristiano, cada lunes de por medio. Cuando era pequeño mi abuela paterna, mi Mamá Tren, iba a la casa cada martes y jueves. Llegaba del colegio y antes de tocar a la puerta veía su silueta en el vidrio opaco de la entrada, siempre cocinando, y siempre silbando. La rutina para un niño lo es todo. Para mi la semana se partía en martes para mi Mamá Tren, miércoles de misa, jueves de mi Mamá Tren, y viernes de comodín. No existían los otros días, ni siquiera los domingos tan amargos. Todo un itinerario ferroviario. Ya llegaba a memorizarme los horarios hasta que el tiempo mismo se encargó de deshacer las ceremonias, y toda la constancia y el esfuerzo por ponerle rejas al tiempo fueron desdibujadas como el aliento en un cristal. En esta ocasión aramos nuestra parcela con entrega, gallos logísticos que no paran de cacarear, y con la convicción de hacerles llegar un plato caliente de letras. Nuestras distancias son suministro de este ritual, que podría añadirse a la lista de significados mencionados anteriormente. La ‘moñona’ se

ha convertido en un nuevo día de la semana entre el domingo y el lunes, en un día que, así como ocurre con los 29 de febrero, sucede de vez en cuando. Un nuevo día que sucede de vez en cuando. Esas semanas bisiestas que cuentan con un día de moñona se pasan volando, y no me imagino como la puedan conversar quienes la puedan disfrutar individualmente. Aprovechen que vuelve y que lo hará hasta que la fuerza de la costumbre la haga consumirse a sí misma. Consúmala y hágala suya, consiéntala, acaríciela, que después crece, se hace grande, y se va de la casa sin despedirse.

Qué desespero los eventos, siempre saben por donde colarse. Por sexta vez queremos convertir a ciertos lunes en hábito similar a cuando sus padres pasan frente a una iglesia y se persignan, o quizá queremos volverla una reacción alérgica que cause en ustedes un sarpullido que tengan que rascarse la vida entera para sentirse bien, o de pronto sublimarla en parte de su jornada como tender la cama o prepararse un tinto. Pero también hay algo en la finitud de las ceremonias que nos atrae, hay algo en el 'justo y necesario' o en el sofrito en el sartén que nos hace dar cuenta de que hacemos parte de algo, un rito que inicia y termina y hasta la próxima ocasión, hasta el otro lunes, no ese no, el que le sigue. A pesar del tedio, de esa sensación incólume de repetidera, de eternos retornos, de rutinas miserables, cada 'moñona' trae algo distinto siempre, necesita siempre de algo distinto, de otra

estrategia de difusión, otra intención de diagramación, otra hora para reunirnos a editar, otras peticiones, otras portadas, otros pleitos, otros días para leer y escribir… pero la 'moñona' es la misma, es un barco de Teseo, un armatoste de conchas, chicles, babas y fundas de arveja, vainillas de celulosa, sanguijuelas, vidrios, aluminios, y botas de cuero. Sigan con confianza hasta que nos alcance. Solo el cielo sabe que debe ser esta vez.

La princesa y sus guisantes

Por: Eddy **Araque**

■■■

Las arvejas se desenvainan por su lomo. Tienen, como todos los seres vivos, algo que se asemeja a la columna. Identificada la curva es más pragmático el trabajo de las tripas. En cualquiera de sus panzas tambalean, las trato de ordenar sobre el mantel de cuadros y caen hacía el lado que mejor les convenga quedándose quietas solo en la posición de las orugas envenenadas. Las prefiero sin desgranar, ojalá recién recogidas, recién caídas al suelo por su peso; cuando no, que es casi siempre, me conformo con pagar lo que cueste un kilo de cáscaras y sacar de ahí media libra de pepitas. Al sacarlas de su vaina dejan un rastro de vértebra, los pulgares untados de savia y la lección final entre lo cóncavo y lo convexo, intersección y unión, alverja y arveja y abeja y arverja y alberja.

La diferencia entre las arvejas de supermercado y las arvejas frescas ataca todos los sentidos, no sé si el término es deshidratada, pero las deshidratadas caen con un vacío que solo dos noches remojadas en agua y bicarbonato puede sortear, son escurridizas, igual que las frescas, pero si se escabullen hacía el más allá de la cocina ningún animal u hongo las piensan como compañía. Solo las he

comido porque alguien más las prepara y desconozco los porqués para que siempre aparezca una libra en mi cajón del mercado y para que el mismo duende se las lleve por dónde las trajo. Son el centro de la preparación: arvejas guisadas, sopa de arvejas, crema de arvejas, leche de arveja, estofado de arveja, proteína hecha con harina de arveja, ensalada de arveja. Con las frescas hay más austeridad o tacañería o ambas, se rinden con arroz, en sopas, ensaladas y cocidos, la compañía ideal de la zanahoria y la habichuela, el diluyente camuflaje de la pepitoria, la morcilla, el arroz atollado, la ensalada de papa. Metidas en todas las variantes de tamales son los ojos de Dios en el plato, saltones y preguntones cuando les faltó tiempo de cocción, engañosos cuando se perdieron mucho dentro de la masa, conciliadores cuando el tamal tiene arroz y papa.

En mi casa sembrar la arveja es tarea de los hombres, colgarla de las mujeres, recogerla de las mujeres, desgranarla de las niñas y, ahora mía (desocupada, desempleada, ni niña ni mujer ni adolescente ni gata ni mueble ni casa ni arveja). Es una tarea que se hace en volumen de arveja y tiempo, más de tiempo que de cualquier otra cosa, por eso supe de las dos columnas del

gusano, aunque quizá todas lo sepan y por eso también supe que la manera más efectiva y apegada a la anatomía es abrir la cáscara por el lado más transparente. Aquí preparan pasteles de mico, que son pasteles horneados rellenos de puré de arveja sazonado con pimentón y laurel, el 'mico' puede ser de arveja, caraota o fríjol porque el garbanzo tiene su propio pastel, pero el más común es el de arveja (de paquete, por supuesto). Tienen un sabor parecido a la carne, pues lo sazonan con lo mismo, los niños preguntan y preguntan de qué están hechos y como no les gustan las legumbres, les dicen que de mico.

Entre más lejos esté la cáscara de la mata, mejor madura el grano, algunas salen sin cobertura, bebés o podridas, pero la mayoría de las veces es culpa del hacinamiento. El producto final, la mercancía que aparece en el plato, en bolsas transparentes en la plaza y en tazas con muchos ojitos para dar la sensación de elección libre, es también la semilla, brinca igual que una pelota sacada de la máquina que solo recibe monedas de doscientos. La belleza dulce de las arvejas es su redondez, como abundan tanto en donde vivo, la pantomima del embarazo parasitario y riesgoso es una lombriz que no digiere una arveja, una vaina desinflada con una sola arveja como un solo padrenuestro

cada diez avemarías. Redonda y verde como ella sola no se puede confundir, conozco abuelas que usan hasta la cáscara y un día me las dí de cocinera fusión criolla e intenté comérmelas pensando en edamames, y funcionó igual que tomar remedio pensando en yogurt.

Las arvejas se siembran con el cuerpo agachado y se cuelgan cuando la mata tiene el tamaño suficiente para que su peso la agache. Hay que enseñarles —o hacerles fácil— el arte de trepar, que consiste en trenzar alrededor de cuerda muy fuerte o alambre dulce su cuerpo. También les ponen varas tutoras, maridos que les muestran en qué dirección tomar el sol, beber tierra, parir insectos por todas las orejas, pero la caña es para casos difíciles o matas que se sembraron muy pegadas la una de la otra. Desgranar las arvejas y soltarlas al vacío es jugar a la percusión, la lluvía de arvejas avisa como la del granizo, yo intento ordenarlas en una base, pero después de la primera docena es ruido inexistente, se hablan solo entre ellas. No sé de qué tipo de guisante hablaba Christian Andersen en el siglo XIX, sospecho que era uno seco, arveja amarilla de supermercado; la princesa lo sintió igual que el arroz metálico y la piedra que sale en las lentejas, le chirriaron los dientes, se le aguaron los ojos, pensó qué tan lejos

estaba de su casa, aunque ya era evidente por dormir en una cama con semejante altura, una arveja tierna y dulce —como las de su tiempo— no soportaría el peso de tantos colchones.

Piratas

Por: Leidy **Silva** & Alejandro **Bastidas**

■■■

Bochorno.

La cama estaba fría en la orilla donde su cuerpo no le había permitido descansar. Los pies ampollados y llenos de talco blanco. La espalda baja le reclamaba las diecinueve horas que estuvo despierto golpeando las calles con las botas de cuero compradas hace meses en El Restrepo. Allá mismo había jugado banquitas en la cuadra de Chucho 'El Rubio' Castillo - Un punketo vieja guardia que le hablaba de experiencias psicotrópicas y tatuajes 'blacguor'. Frecuentaban encontrarse los domingos, para jugar banquitas hasta convertir sus zapatos en un criadero de posibles hongos de humedad. –¿Sabe qué mi perrito? A lo bien, usté es que es mero peo pa' la pelota– le reclamaba Chucho, siempre, en el único tono agudo que conocían sus murmullos. Jugaron hasta eso de las 9:35 peme, hora en la que tuvo que salir corriendo a tomar el último servicio del transporte público. No el último úuultimo, pero sí el último que no estaría atestado de salvadores de reliquias y comerciantes de la noche, portadores del vaho que se sentía culpable por detestar, le resultaba repugnante. Se iría camino a indagar los arrullos, las plegarias y a celebrar

de viva voz las virtudes y los defectos del medio mundo bogotano que ellos podían nombrar cuando estaban juntos…

Nunca recordaría a qué hora puso la llave en la rendija para remover las guardas, ni cómo era posible descansar tan poco, tan mal y querer volver a las frías calles del amanecer para probar el impensable goce dulce del café amanecido que beben los conductores públicos. El cuidado que le ofrecía la media sabana, que le cubría parcialmente la caja torácica, le salvaba del excesivo frio que se colaba por la rendija de la ventana. Solamente quería dormir hasta que en su aletargamiento desnudo sacara la cabeza del pantano oscuro del agotamiento. Once pocillos no se los toma cualquiera, y menos como excusa para pasar una noche de domingo. Había dormido con las botas de cuero puestas por ser incapaz de desterrarlas de la patria húmeda que eran sus pies. Por el contrario, había logrado despojarse de las telas que le servían de armadura para enfrentarse al frío de la calle. Al despertar, intentaría recordar cuales habían sido las habladurías sostenidas a gritos en las estaciones solitarias, en donde sus amigos le habían entregado sus voces con deliberadas sonrisas de amistad. – Aló, uy mani apenas despegando el ojo, uy uy

gonorrea, si si si ¿En el líchigo? Hágale a las 8 que tengo que camellar, yo le caigo con un alguito, pa' que humedezca el gaznate. Ay ay ay ahora me la va montar, ya pongo la olla pal tinto.

Creador.

Mario Cesar se disponía a sentarse en frente de la tiendita de artículos de conveniencia que estaba más cerca de la sede del complot. *El líchigo*. Tenía la insostenible necesidad de poner otra *i* minúscula entre sus dedos para encenderla y volarse de repente hasta las 10 peme, hora en que había citado a los demás. Hasta entonces estaría internado en los fraudulentos archivos polvosos del colegio de La Compañía de Jesús para la que trabajaba. Le gustaba trabajar con la posibilidad abierta de un pucho cada que se le antojara. Ventaja de la baja estima propia que tenían los monjes que dirigían el colegio para encontrar algo importante. –Les vendí un proyecto a estos mal-pa-ri-dos y me pagan por estar fumando jajaja – pensaba Mario, cuando era consciente de que podía dejar caer sus pensamientos de mirlas y siete cueros en el aroma cálido y recalentado del tinto, que rodeado por el humo de tabaco buscaba caminos en el aire para llegar hasta los pelos de su nariz. Así, dejaba

rolear *Wonder* en los JBL que se había comprado con el dinero ahorrado por no poner en los vaqueros para los Ronaldos que siempre convencía de haber entregado a alguien.

Vivía afanado y triste por la realidad certera de tener que habitar una ciudad inmensa cubierta por estructuras feas, disfuncionales y poco prácticas llamadas 'conjuntos residenciales'. A veces, fantaseaba con ir a vivir de polizón ocioso en la hacienda de Antonio Pizano, su amigo de la infancia e hijo de un hábil político electoral y empresario contrabandista que exportaba aguacates Hass de agache para Europa. De repente, recordó que no sabía en dónde había quedado su taza plástica, hedionda a mezcolanza de café y vino. Se sintió aliviado porque no tendría en dónde recibir bebidas calientes esa noche, y así llegaría a casa un par de horas más temprano de lo habitual. El pensamiento estrellado de su taza le recordó llamar al menor de todos, para confirmarle en dónde se encontrarían en la noche. – ¿Cómo estás Andresito? ¿Qué tal estuvo ese texto al que estabas camellándole ayer? Me acorde que no te había confirmado lo de esta noche, invité a Antonio y a Harry. Nos vemos a las 10 ¿Te espero?

Secreto.

Había visto el sobredimensionado pocillo de plástico de dos colores, reposaba en la roja bandeja de escurrir la loza y que dejaban en la sala para el café. Sabía que él había pasado por ahí. Quizás seguía cerca. Le daba ilusión verle el ojo con estrabismo dirigirse hacia el lado contrario a donde él quería llevarlo. Le encantaba la sorpresa pragmática con que presentía que le premiaría, su charla fértil por robarse otro vino barato del Ara, por guardarle Ronaldito en el termo que la mamá le había entregado: "para que lleves agua y tomes en la clase, tienes muy rotos los labios estos días mi amor, reventados, pareces deshidratado". Se preguntaba si continuaría cerca, en el edificio frio de los archivos o en la calle larga donde vivía y trabajaba. Estaba casi seguro de que estaría iniciando la ignición de las ies minúsculas, como llamaba a los cigarrillos de tabaco liados por el mismo desde que había regresado a la ciudad. No podía esperar para definir qué hacer con la noche, nunca planeaba qué hacer, o eso decía. Pero, estaba ansioso por recibir una llamada o un mensaje

para subirse de clandestino en el primer transporte que lo dejara en la fría calle donde Mario le intimidaría con su habla. Recordó que la última vez descubrió, tomado de su brazo, *Jane S. Piddy* y decidió darle *play* y servirse un café en el mismo pocillo que había tocado sus labios.

Sanguijuela en Heathrow

Por: Maria **Rabuffetti**

■■■

"y ellos, habiendo llegado a ser insensibles,
se entregaron a la sensualidad
para cometer con avidez toda clase de impurezas."

Efesios 4:19

María despertó en ese espacio raro de los que viajan en avión, sin tener idea de qué hora era. Asomó la cara a la ventana todavía con sueño, se apartó los mechones sueltos de la trenza, alcanzó a ver un pedazo de tierra verde allá abajo, y la pantallita del asiento tieso confirmó lo que ya sospechaba: los primeros vistazos del Reino Unido, de Inglaterra, de ese lugar que hasta ahora solo había visto en libros de inglés y en fotos por internet, y como mujer de ciencia social, despreciaba su pasado colonial.

Habrá que decir, sin pretensión, que hay en las personas una necesidad por el otro, por lo distinto. Y en su caso eso empezó siendo algo casi que puramente, sexual. No hay manera más honesta de decirlo. Muchos trámites engorrosos después, salió por la puerta de vidrio a lo Love Actually, y allí estaba ella, la inglesa, en carne propia, para abrazarla.

Hay que pensar que la inglesa era todo lo que se había imaginado y, a la vez, era otra cosa: los trozos de foto que había visto se armaban ahora en una sola imagen viva, aunque la decepcionó que de su boca no saliera ni un solo "¿innit?".El cabello café claro, crespo y corto, esos ojos entre azules y verdes, y una piel tan blanca que en la mente de María pedía a gritos ser marcada, como si fuera porcelana sobre la que hay que dejar huella para demostrar que no es un sueño, para volverla real a besos y mordiscos. Quería dejarle moretones, mordiscos, señales de que había estado ahí. Pero también quería que ella la marcara, que le dejara cicatrices, chupetones en el cuello, rasguños en la espalda, marcas de dientes en los hombros, algo que pudiera mirarse en el espejo al volver a casa, como un souvenir: cosas que la otra le rogó por año y medio, con fervor, rogó y rogó, cosas perversas, si alguien las mirara desde afuera. Pero adentro eran ellas nada más, con sus cosas raras, sus ideas, sus noches escribiendo párrafos, sus ganas de casarse y entregarse totalmente. Porque, lastimosamente, es divertido tener el control absoluto sobre alguien, ver cómo se retuerce, cómo obedece, cómo pide más. Y ella lo pedía así, con esa urgencia: que le controlara la ropa, el sueño, el cuerpo, la

mente, que le quemara los muslos con slim vogue cigarettes. Necesitaba serle útil, decía, la ropa le estorbaba. Quería todo eso tanto. Que ya al final parecían más burdas escenas sacadas de una página de esas pornográficas que algo erótico y sensible. Todo eso tan bobo.

Bof.

Como si dos mujeres de ciencias sociales sin graduarse pudieran con semejante fantasía. ¡A distancia! ¡El nervio! ¡El delirio! ¡El horror! Y aún así María fue hasta allá.

Todas las expectativas también habían muerto un poco antes. Porque después de tanta rogadera fervorosa, salió con un montón de condicionales: que no era fan de la monogamia, que le atraía una chica con la que había reconectado de su maldito pueblo fantasma al norte de Inglaterra, que si no formalizaban nada sí se podría manifestar esa dinámica tan dialogada y preparada por año y medio. Entonces, la supuesta semana de ensueño y delirio sexual se vino un poco abajo. Hablaron las cosas, sí, pero compartieron incómodamente una cama sin nada por medio, hubo silencios largos, comentarios incómodos. No pegó el ojo escuchando la respiración de la otra, preguntándose en qué estaría pensando, si también estaría

despierta, si también estaría sintiendo esta incomodidad horrible, lloró acurrucada en una esquina. Quería estirar la mano, quería pasarle los dedos por la espalda, quería morderle el hombro, pero algo se lo impedía.

El sábado de vuelta empezó un viaje largo y tedioso: dos horas en el famoso metro camino al aeropuerto (que a decir verdad, María disfruta mucho el metro) y la estación del barrio le pareció, sin duda, pintoresca. Maleta y galletas en mano, vio cómo del piso, al son de los anuncios de la British Transport Police y el vallenato en los audífonos, empezaron a treparle gusanos en las piernas. Pero no era cualquier gusano inofensivo: eran sanguijuelas.

Negras, brillantes, pegajosas. Ya les sentía el rastro pegajoso, cortando la circulación, chupando sangre, causándole un mareo delirante.

¿Oh, por qué vine hasta acá? ¿Por qué no me eligió a mí? Si tan solo hubiera venido un mes antes… hubiera tenido lo diferente que tanto anhelaba, la odio y la anhelo. Y siento mi cara a duras penas hinchada, que boleta.

Faltaba lo peor: la despedida. Las sanguijuelas ya le habían chupado tanta sangre que estaba pálida, roja de tanto llorar, mocosa, temblando, suplicándole a la inglesa que lo

sentía, que ella también estaba decepcionada, que igual gracias por recibirla, que si alguna vez la volvería a ver, que Dios y la Virgen la cuidaran. Pero la inglesa solo miraba, con esa cara de no saber qué hacer con una mujer deshecha en el piso del aeropuerto, con la cara de alguien cuyo idioma no distingue el querer del amar.

Quería morirse ahí mismo. Quería que el piso se la tragara, que un avión le cayera encima, perder el vuelo, que la señora de seguridad la esposara y se la llevara a algún lado donde no tuviera que seguir parada con las piernas temblorosas y la pestañina hecha grumos. Pero no pasó nada de eso. La inglesa le dio un beso en la mejilla, y un abrazo, un beso seco, rápido, de esos que se dan cuando ya no sabes qué más hacer, y se fue. Así nomás. Dio media vuelta y se perdió entre la gente de la terminal, como si nada, como si no hubiera pasado un año y medio de mensajes, de fotos, de juramentos de devoción incondicional. Era todo un accidente. Era un desastre con patas, un ser humano al que le acababan de sacar los órganos por la boca y nadie le había avisado.

María ya no tenía sangre para más. Tuvo que parar en migraciones y en los pasillos, pidió un té negro que le

quemó la lengua y ni lo sintió. A duras penas logró llegar a la puerta de abordaje ayudada por la gente de asistencia, que la veían con cara de lástima. Compró un sushi congelado que apenas se comió, gastó plata en una farmacia en maricadas de L'Oréal que no necesitaba, solo para hacer algo, para no colapsar del todo. Lloró, lloró, lloró, lloró, se sonó los mocos con las mangas del buso, habló con sus amigos por teléfono y les contó todo entre hipos, se rio de sí misma (qué pena, por Dios, qué ridícula), y abordó.

Ya en el avión, mirando por la ventana mientras despegaba, vio las luces de esa isla que tanto anheló conocer. Eran hermosas, distintas, y ella las había tenido enfrente apenas unas horas antes. Y sintió que se desplomaba. No el avión, claro, sino ella: se desplomó contra una columna que ya no estaba, contra una idea que ya no tenía caso sostener, contra la certeza de que había viajado hasta allá para que le chuparan la sangre y la dejaran tirada. Y aún así, en el fondo, sabía que volvería a hacerlo:si la inglesa la llamaba mañana, ella volvía,si le decía ven, ella empacaba las maletas y se montaba en otro avión. no había dignidad que valiera, ni orgullo, ni terapia que pudiera con esa cosa que le creció adentro durante año y medio: esa mezcla de

obsesión, de deseo, de ganas devorar a alguien que ni siquiera sabía su segundo apellido.

Tragedias y escamas

Por: Juan Pablo **Vergara-Marín**

■■■

Ya no había espacio para dudas, tenía la lata de anchoas velada por la mitad con la manga holgada del abrigo. No había lugar para no verse convencido, robar es un acto de convencimiento, no es hacerse el bobo, es creer que el resto del mundo lo es. La máquina soltó un pitido inesperado, toda su fachada se acabó cuando en la pantalla apareció el mensaje 'espera a que un asesor te ayude'. Lo sabía. Había cámaras hasta en los lugares oscuros. Ya ni una lata de anchoas podría llevarse, aquel supermercado era algo más infranqueable que la Reserva Federal o la mente de los poderosos. La inercia de la estupidez popular permeó su piel por osmosis y apenas llegó el asesor no pudo evitar hacerse el idiota. Cabizbajo, aceptó pagarla. Cabizbajo mostró el recibo al vigilante. Cabizbajo caminó hasta su casa, convenciéndose de ser de mala calaña por querer robar algo y creerse menos idiota que el resto. Robar es cuestión de convencerse, uno decide robar antes de entrar al supermercado, la idea se les aparece a los ladrones en los sueños, el ladrón se nace. Él no era ladrón, después de cargar con esa lata, con ese recordatorio de haber sido atrapado, Martín Felipe decidió quitarse la vida.

No iba a ser esa tarde, claro que no. Si prendía las llaves de gas de la estufa sin hacer valer la lata de anchoas sería como si su vida costara eso, una lata de anchoas y un intento fracasado por querer ser alguien en la vida. Martín Felipe era negado para el oficio, convencido de que no había una cerradura en una puerta con una silueta suya. Vivía con un tío suyo, claro que este último ni por enterado estaba: hace bastante que perdió la cordura así que Martín Felipe aprovechó para mudarse con él y llamarse su cuidador. Su tío hacía de todo por su cuenta: se bañaba solo, se vestía solo, se alimentaba solo, caminaba por la calle, montaba en cicla y se montaba por la reja de la Nacional para dar misa en la Iglesia. El tío de Martín Felipe se movía más, vivía más, y hasta hablaba más. Eso sí, Martín Felipe no escuchaba lo que le respondían los cubiertos, ni los fantasmas de sus primas, ni los duendes del ático. Con el dinero que le enviaban a su tío, Martín Felipe hacía de las suyas: una vez comprado el pobre mercado de cebolla, cilantro, y salchichón, regresaba a la casa y guardaba sus ahorros bajo la almohada de su cama. Esperaba contar con lo suficiente para convencer a alguna muchacha de ir con él a un restaurante, cenar, y acostarse juntos para tener hijos y así estar hasta que la muerte de

alguien los separara. Pero no era ladrón, el dinero que le llegaba a su tío lo invertía en él, en su alimentación, en su manutención, y en sus diversiones. Era el saldo que recibía por ser un acomodado. Quizás necesitaba convencerse de eso, que no estaba mal ser un acomodado, y que eso lo convertía en alguien, que la puerta de la comodidad y de la conchudez guardaban encima del picaporte una cerradura con su silueta dejada.

La cuestión ahora era planear la fecha, el mecanismo, y el lugar. Si se mataba en la casa tenía miedo de que su tío se lo devorara, que usara su carne para preparar algún estofado y repartirlo en una olla en la calle, que sus huesos estuviesen repartidos por todos los basureros de la ciudad y que nadie pudiese responder por su destino, que nadie diera cuenta de que yació Martín Felipe y se le realizó cristiana sepultura. La llave del gas era la mejor opción, muy buena para ser verdad. Resolvió entonces que en el espacio público llevaría a cabo el suicidio, muy en el fondo quería toda la parafernalia que acompaña a los intentos en público: algún grito histérico, una multitud chismosa, un bombero encaramándose en algún lado para salvarle la vida, megáfonos, helicópteros, y ojalá uno que otro registro audiovisual.

Su tío andaba de buen humor, llevaba media hora silbando mientras en el sartén cocinaba cáscaras de huevo con agua y perejil. A Martín Felipe quiso agarrarlo el remordimiento, al final si le alcanzó a guardar cariño al loco, todo era un acto de amor y de vocación profesional. Pensó en matarlo, pero él no era un homicida: así como se nacen los ladrones, los asesinos también salen de sus madres con el germen sicario, Martín Felipe había nacido para ser un suicida, como Julieta, como Hitler, o como las abejas. Esa noche Martín Felipe recorría las pestañas del buscador preguntándole a las lupas sobre la mejor manera de quitarse la vida en un espacio público, una que fuera indolora o en su defecto primero buscaba como podía evitar el dolor. No quería ser mártir ni mucho menos, le atemorizaba la idea de hacerse daño, de sentirse en peligro de quedar vivo y mermado, o loco como su tío. Loco no era, no. No. Los locos se nacen. Él nació para ser un suicida y para fracasar como ladrón. No hay vergüenza en ello. Hay gente que nace para todo. Nacen para morir eventualmente y Martín Felipe nació para ser un adelantado. Se levantó del escritorio y preparó su última cena con anchoas: quizá con el apetito satisfecho tendría una epifanía sobre el lugar y la hora de su muerte, y en efecto ahí la vio. El recibo por

la lata de anchoas que tuvo que comprar le indicaba el lugar donde debía morir.

Al día siguiente sintió un revoltijo en el estómago, había algo que le hacía crujir las entrañas y que le pudría la sangre. Sintió la cabeza ligera y frío en la punta de los dedos. Sintió que se podía morir ahí en la cama. Podía moverse, muy a pesar de sí mismo, se levantó en el borde y el piso se le hizo lejos, se le extendió por millas hasta la puerta. El olor de basura, descomposición y moho llegó hasta donde Martín Felipe y quería llevarlo a la taza del baño, pero él luchó contra la efervescencia gástrica. Se le fueron las luces y por algunos momentos sintió que no tenía cuerpo, tenía que decidir qué hacer. Llegó a la cocina y se encontró con su tío y la muerte compartiendo un bocado de la cena que preparó la noche anterior. Estaban negociando los términos de su emancipación: a las tres de la tarde pasaría la muerte a recoger a Martín Felipe, debía estar arreglado y con un par de valijas hechas, si lo veía prudente quizá debería empacar un cepillo de dientes, un par de toallas, y por si acaso una pantaloneta de baño. A cambio su tío recibiría un almuerzo decente: un ala de paloma al vino, un paté de hocico de gato, o una sopa de piedra caliente, todo corriendo por cuenta de la muerte

misma. Se despidió del tío y de Martín Felipe y salió por la entrada.

No podía ser. La hora en el microondas marcaba el mediodía. Martín Felipe no podría estar listo a las tres. Es más, antes de las tres ya debería estar en el supermercado quitándose la vida. No había tiempo ya para bañarse, vestirse, buscar un rato más algún método libre de dolor, ni de dejar algún vestigio de su paso por la tierra. La tripa se lo estaba comiendo por dentro, Martín Felipe sentía cómo los ácidos deshacían las paredes de mucosa de su estómago. Su tío lo estaba llamando por el nombre de su madre, pero él no nació para ser madre de nadie. Quizá no había nacido para ser sobrino suyo ni de la muerte. Martín Felipe, agonizando de dolor gastrointestinal, había despertado convencido de que nació para morirse en el supermercado antes de las tres de la tarde ese día. Ningún plan ni designio podría impedírselo. Agarró la lata de anchoas y se despidió con un beso en la frente de su tío.

Adiós mamita

El camino al supermercado fue violento. Martín Felipe se deshacía, se caía, arrastraba el cuerpo por la irregularidad de los andenes, su piel se volvió un verde menta que

ahuyentaba a cualquiera que lo pudiera ver. A eso de las dos de la tarde se detuvo en la entrada del lugar. Repasó el plan en su cabeza: entrar con la lata de anchoas vacía y degollarse el cuello en la caja registradora que le negó su vocación ladrona. Martín Felipe se volteó hacia la calle y cerró los ojos para absorber la calidez del día, el olor del cemento y la tierra, el ruido de las pastillas de los frenos, el sabor de su aliento, y el espectáculo pirotécnico que guardaba detrás de sus párpados cuando los golpeaban los últimos rayos de sol. Abrió los ojos, volteó y entró por las puertas automáticas.

El lugar estaba resplandeciente, Martín Felipe era consciente de la continua limpieza del suelo, del esfuerzo de las empleadas de servicio por brillar la cerámica y que recubriera la losa una fina película de cera. Eventualmente tendrían que dedicarle un rato más para limpiar el lugar después de que se abriera el cuello con la lata de anchoas, alcanzó a preguntarse si apenas sucediera, si apenas su sangre impactara el brillo del suelo, alguien llegara a preocuparse por el tedio de tener que limpiarlo. ¿Cuánto esperarían las empleadas para pasar el trapero? Martín Felipe sacó del bolsillo la lata vacía de anchoas, con remanentes de aceite de girasol en los bordes, y pasó el

pulgar para ubicar algún filo en el metal. Se alcanzó a cortar. Le dolió la punzada. Carajo, no había nacido para sentir dolor, no había nacido para sentir el dolor pequeño, el dolor agudo de una cortada. La realización de otro destino errado le llenó la frente de rabia, se golpeó la cabeza y de un fugaz impulso se llevó la lata al cuello y de un movimiento se degolló.

Algo golpeó el suelo con espesor grotesco. Algo golpeó el suelo como una riada. Martín Felipe abrió los ojos y miró al piso: todo un reguero de pecezuelos. Qué vergüenza con las empleadas. De la herida en su cuello brotaban pequeñas escamas, anchoas que coleteaban al golpear el piso llegando hasta los pasillos más lejanos. Definitivamente habría algunos peces que no encontrarían y que apestarían el supermercado hasta el último trozo descompuesto convertido en polvo. Las anchoas hacinadas en su cuerpo borboteaban de su cuello y lo vaciaban, vaciaban al cuerpo de Martín Felipe. Los peces cubrieron la blancura del suelo, Martín Felipe perdió el verdor de su piel y entonces perdió la rosácea de su rostro. Maldita sea. Martín Felipe no había nacido tampoco para matarse. No había nacido ni para ser él mismo. Su lucidez se desvaneció.

Las puertas automáticas se abrieron y ahí estaba la muerte. Frente a ella, un disfraz de piel hueca, casi de caucho, entre una piscina viva de anchoas ya cansadas. Entre el montículo de escamas brillaba una lata. La muerte pasó descalza y agarró la lata con decidida delicadeza. Escarbó con ella algunas anchoas y una vez rellena la lata la reselló y se la llevó al bolsillo.

Su tío estaba sentado en la cocina frente a un plato vacío, con cubiertos en la mano y una servilleta en el cuello. La muerte llegó al rato, sacó la licuadora y vertió el contenido de la lata con trozos de ajo, brandy, alcaparras, aceitunas y aceite. Puso una canasta de pan entre los dos y la tapenada en un pequeño plato de cerámica. Comieron en silencio por algunos minutos. El tío levantó los platos y lavó la loza. Le preguntó a la muerte si se podía fumar un cigarrillo y ella le insistió que podía hacerlo en el camino. Su tío recogió sus maletas y trancó la puerta de la entrada, pasó el seguro, y guardó las llaves en su bolsillo. Con el cigarrillo en mano le pidió el favor a la muerte de pasar por la iglesia de la Nacional para rezar y persignarse.

Se colaron por la reja, y llegaron hasta la iglesia. Al tío le causó gracia que la muerte supiera persignarse. El tío solo supo responder que él nació para morirse, pero que quiso

aprender a persignarse para hablar con Dios. Persignarse era un acto de convencimiento.

Mala Estrella

Por: Samuel **Muñoz**

■■■

Enviaron sus valijas desde Corfú al Hotel Metropole de Alejandría sin más instrucciones que esperar ahí al contacto que lo llevaría a América. Claude movía fríamente su ojo de obsidiana, verdoso y destellante, sobre la turbia fetidez del puerto. El cristal daba a su faz tuerta un aire distinguido, impresión que disimulaba la causa de su mutilación que no era una heroica gesta de guerra sino las perversas secuelas de una sífilis mal tratada.

Claude había vestido el uniforme de flamante negro con la muerte cruzada en las solapas desde el Atlántico hasta el Cáucaso. Su servicio fue uno mediocre, incluso en lo relativo al sadismo. Colgó a unos ucranianos y ametralló con diligencia a los ancianos e inválidos que le enviaban. Nunca mostró esa iniciativa, ese olfato para la caza que distingue a los líderes de los secuaces. Con todo y dejando de lado el colaboracionismo, suficientes hazañas había en su prontuario para merecer un fusilamiento. Recordaba especialmente, casi con cariño, a una gitana que mandó llevar a sus aposentos. Después de desvestirla disparó su Luger al techo y presionó el cañón hirviente sobre la trémula piel de la muchacha, como habría hecho Antonio

con su gladio ensangrentado al seno expuesto de Cleopatra. El retorcimiento de dolor y el aro fresco de la cicatriz que se formó le proporcionaron mil veces más placer que la posesión del cuerpo inerme y atemorizado de la gitana.

Toda esa maraña de crímenes y delicias debían quedar sepultadas en el pasado. Oficialmente, Claude ya no era nadie, o era muchas sombras que se amontonaban en un alguien sin rostro. La mentira es siempre la mejor posibilidad de olvido. Entró al África como mercader en un vapor de bandera portuguesa con un pasaporte maltés. Le alegraba ver Alejandría, así llegará como rata escabullida en vez de un glorioso conquistador. Hacía menos de un lustro que el puerto estaba al borde del cataclismo; Tobruk había caído, los mozos de los hoteles practicaban sus menús en italiano, y Rommel y sus panzers se encontraban a un tiro de piedra de la ciudad. Hoy, piensa, una calma incierta ha retornado; los juegos de billar y las orquestas de swing seguramente vuelven a hacer barullo en los cafés, y los árabes continúan conduciendo cabriolas y sirviendo té con solícitas sonrisas que esconden siempre la hoja de un puñal.

Una algarabía se formó durante el desembarco e interrumpió estas tribulaciones de la memoria; la bala del soldado ebrio que retumba en alguna necrópolis, el mullah llamando a la oración desde su alminar, y el graznido de un ibis perdiéndose en el horizonte incendiado. Sonidos familiares al navegante y al exiliado, repetidos en su discordia a lo largo de los siglos y en innumerables situaciones de igual monotonía.

Después de asearse en el hotel Claude se dirigió al que consideraba el mejor lugar de cualquier urbe, tanto por la calidad del trago como por la facilidad de información: el Club de Oficiales. Bastó la vista del palacete de vidrio esmerilado y arcos bizantinos para llenarlo de instantáneo regocijo. Quiso pasar desapercibido y ensombreció la mitad cicatrizada de su rostro con el ala de un panamá. El sombrero se inclinaba casi hasta el hombro, lo que le daba con su color crema el aspecto de un huevo ladeado. No había en el remilgado Club el entretenimiento usual de los burdeles de puerto levantino, pero había buena ginebra y aún mejores puros.

El fugitivo se desplomó sobre una de las poltronas de cuero de camello y ojeó con distraimiento la cartelera de cine en el diario, se le antojaba una de Bogart y la publicidad

anunciaba que uno de los teatros acaba de instalar aire acondicionado. Puede que fuera descuidado hacerse ver en tantos sitios públicos, pero sus amigos veteranos le habían indicado que la organización de ayuda no podría ponerse en contacto hasta una semana después de su arribo, tiempo para quemar sobraba. Hizo nota de los personajes usuales a esos sitios; generales bigotudos; cadetes mancos buscando la falsa alegría que dan las juergas; arrugados nobles caídos en desgracia y alguno que otro escritorzuelo intentando untarse de prestigio.

Uno de estos últimos, al que se podía identificar por su cuerpo fofo y chaqueta raída, le causó una gracia particular a Claude. Era un ser repulsivo, con ojos de sapo ofuscados tras gruesos bifocales y pelo casposo y enroscado. Revoloteaba, bebida en mano, alrededor de un *clique* de *gentlemen*, desesperado por figurar con sentencias ingeniosas de inclinación laborista, fabricadas de antemano para escandalizar sin llegar por completo a ofender. A Claude le vino entonces la idea de arrojarlo por unos escalones para ver su gran cabeza grasienta reventar, imaginaba que el ruido que haría ese desparramiento de entrañas debía ser hilarante, como el salpicado de un globo relleno de gusanos. Le causó una carcajada incontrolable

esta ficción, lo que atrajo arqueos de ceja de algunos de los señorones, tendría que ser más cuidadoso. Adoptó entonces un aire taciturno, pidió un decantador de brandy y limitó su actividad a marcar el paso de las horas con los filtros vacíos de amargos cigarros árabes que se iban amontonando. Después de todo, no hay nada más común que un hombre solitario y nada que pase más desapercibido.

Sumido en este tórrido torpor que desbarajustaba el mecanismo del tiempo, casi no nota al botones que se acercó para reemplazar su desbordante cenicero. Y ciertamente Claude hubiera considerado una pena no notarlo, pues la visión lo acercó al trémulo rostro de la muerte más que muchos de los espectáculos que contempló en los campos de batalla. El uniforme oliváceo de ojales dorados disimulaba con su ridiculez una terrible serenidad oceánica que se alzaba en el joven sirviente como el coletazo de una hidra. Claude la identificó al instante, llevaba una vida afinando ese particular acorde de lo sublime.

Revivió en él un mozo de Champaña, ayudante en la hacienda de sus abuelos. Solía verlo montar un corpulento alazán por entre campos interminables de trigales, con los

rizos marrones ondeando al sol y una espalda arqueada como esfinge, humedecida por el rocío matinal y el sudor de una viril faena. Ya había olvidado su nombre, pero cuando cabalgaba creía estar viendo a Alejandro sobre Bucéfalo. Era de una hermosura vulgar, simultáneamente rústica y delicada con una tristeza enigmática colgando de los labios y una desidia arrogante chispeando de unos iris grisáceos, casi transparentes y vacíos de todo entendimiento.

Pidió al botones que le encendiera un puro para captar algo más de esa aura inestable que lo rodeaba. Su pulso era firme pero cada uno de sus gestos y expresiones revelaban una recelosa timidez. Claude se irguió un poco, su mano cuidadosamente posicionada sobre su deformidad, y le sonrió con dientes filudos empastados de plata. El muchacho no mutó su expresión, mantuvo la mirada oblicua y tornada al horizonte como la de los dioses agonizantes atrapados en arcaico mármol.

La melancolía de su gestualidad era acentuada por pómulos salientes de una palidez malsana, su complexión genética era sin embargo de improbable ambigüedad, combinaba ojos de ópalo con rizos serpentinos de fuego y una piel de almendra tostada. Podía venir tanto de la India

como del Canadá, y seguramente en su tronco había una mezcla de sangre atávica que Claude reprobaría como degeneración pero que influía sobre él un bestial magnetismo, una borrasca de pasión desatada por el entrecruzamiento de lo exótico con lo vedado. También su rostro se confundía, era de adolescente y de mujer, con una sensualidad trágica que culminaba en una comisura retorcida.

Recordó el mercado de efebos de Trípoli, con sus baños de refulgentes azulejos que ocupan a los clientes mientras los mancebos, adormilados en mullidos divanes, juegan indolentemente con las cadenas de oro que se enroscan sobre sus cuellos. Pero el joven botones, aunque cargaba una expresión perversa de catamita, se salía de los confines del vicio hastiado de prostíbulo. Para Claude ese sirviente anónimo escondía un orgiástico furor, comparable al que seguramente descendió de las tribunas de Roma con la vista de la sangre.

—¿Cuánto te dan usualmente de propina?— le ladró mientras un fulgor diamantino se asomaba sobre su ojo infecto.

—No podría decirle señor, lo que usted decida estará bien— dijo sin romper su trance como de sueño,

guardándose bien la usual rapacidad taimada de los de su profesión.

—¿Y si te doy un miserable *sou*, te pondrás también de rodillas? Mis botines están en desesperada necesidad de una brillada— Claude soltó entonces una risa sarcástica que sonó como el silbido de una cobra. Removió parsimoniosamente su sombrero exponiendo sus venéreas cicatrices.

Una leve sonrisa, como el borboteo de un pez tropical, se insinuó sobre el muchacho.

—No los veo tan sucios, recibiría hasta media libra— Sacando con delicadeza teatral un pañuelo, se arrodilló ante la poltrona y limpió en una sola pasada la punta de uno de los zapatos.

Claude soltó otra carcajada, pero esta vez sin ironía, el veneno del botones era uno refinado y no carente de gotas genuinas de inocencia. Dejaba ver su corrupción sutilmente, como un paje florentino que murmura un pecadillo a su amo. Carecía de afeites y lociones o de túnicas bordadas, pero mostraba en sus maneras la fluidez de lo clásico, libre de ataduras, con absoluta indiferencia por todo lo que estuviera contenido fuera de su propia belleza. Cuando le hablaba parecía no notar que se dirigía a

un ser tan real como él. Pronunciaba todo con dulce distraimiento, con ingenua crueldad. Claude acercó su mano sigilosamente a los cabellos del joven, pasó sus dedos por entre los rizos sueltos y tras echar una ojeada a la habitación le lanzó un repentino bofetón. El botones tambaleó algo, pero no emitió ninguna queja. Alzó al contrario su mirada, entre desafiante y taciturna, recogió de nuevo el pañuelo y lo pasó diligentemente por la mugre del otro botín. Sin romper su determinado silencio se lo metió de lleno a la boca como si fuera una trufa.

—No tragues— susurró Claude con el tono que se usa con un cachorro herido —Te has ganado tu libra, pero te necesitaremos respirando ¿no es así? No es mucho pedir que te comportes, aunque ángel ciertamente no eres, más bien una de esas ánimas que descienden de los astros para atormentar a los incautos— Pensaba que la burla disimulaba algo su creciente nerviosismo.

—Con el señor puedo ser lo que quiera— respondió a la sorna con la indiferente naturalidad de un príncipe.

Era un porte hierático el del botones, pronunciaba todo con el lacónico misterio de un idioma inexistente e insuflaba cada movimiento con esa frágil arrogancia que sólo permite la juventud. El interés de Claude pasaba de la

mera lubricidad a la profunda intriga, los devaneos eróticos y augurios de mala sombra que lo rodeaban se le hacían irresistibles. Siempre había lamentado no poder presenciar los excesos de la Antigüedad, ya fueran esclavos arrojados a piscinas de hinchadas anguilas o difusas ceremonias de sagrado horror bajo un manto de estrellas, con cimbreantes caderas y altivos mancebos enguirnaldados cercenando su propio pecho con curvos pedernales. Claude intuía inexplicablemente que estos gritos de sufrimiento y éxtasis se salían de la atormentada memoria de la humanidad y adquirían forma física en el sombrío mozo. Era este, en otras palabras, un heraldo del destino y ese es el único llamado que no se puede ignorar.

Decidió retomar la iniciativa quitándose su reloj incrustado con rubíes y metiéndolo bruscamente al bolsillo del sátiro.

—Te necesitaré todo el día. Dirígete al Hotel Metropole, habitación 302, di que vas a entregar un telegrama y me esperas en el pasillo— le dijo mientras acariciaba levemente con sus uñas la mejilla golpeada, su petición tenía la usual aprehensión del cortejo, pero sabía extrañamente que no sería negado.

El botones abrió sus ojos con ansiedad carnívora, para levantarse se apoyó exageradamente sobre los muslos de

Claude y suspiro un hálito hacia su faz magullada, como de beso que muere en el aire. Ese vaho le llegó al fugitivo como el hedor de una fiebre palúdica, era una náusea espectral pasada entre las fauces de jaurías hambrientas y susurrada a figuras jadeantes cubiertas de lodo y pasión. La emanación tuvo un efecto narcótico y apenas alcanzó a divisar al botones marchar hacia la salida, conservaba inesperadamente la compostura de autómata esperada de su uniforme.

El Hotel Metropole quedaba frente al Nilo. En esos días el río ya no era recorrido por púrpuras nenúfares y elegantes goletas, sino por un deletéreo fango de alquitrán y disforme chatarra donde flotaban los turistas en atestados esquifes de recreo, dirigiéndose como sonámbulos hacia la voraz boca del delta. A Claude le agradaba esa vista, le recordaba la verdad frecuentemente olvidada de que al final siempre triunfa la barbarie. Encontró al joven en el pasillo. Instrucciones seguidas al pie de la letra, pensó, esperando como escudero a su señor. Sin dar explicaciones Claude lo empujó dentro de la habitación, dio un portazo y zarandeándolo repentinamente del brazo lo arrojó contra el espejo de la cómoda. Una culebra de sangre se asomó sobre la mejilla del botones que se sostenía con dificultad

sobre la alfombra de vidrios astillados. Claude contuvo su aliento, estaba preparado para darle algunas libras y musitar una torpe excusa. Lágrimas escurrían por el rostro del muchacho y toda su energía parecía concentrada en volver a poner los revueltos mechones de pelo en su lugar. Pero entre los sollozos se colaba también una risilla maliciosa —yo sabía que usted no era del tipo aburrido, pero si vamos a estar de fiesta permítame quitarme el uniforme, me cobran si se daña, sabe—

Un abrasamiento se extendió sobre el pecho de Claude y se supo al borde de un abismo. El abismo de los seres sin alma que llevan la existencia como un mero conducto de placer y dolor, frecuentemente confundidos en un mismo aullido.

Por tres días se devoraron mutuamente. Súcubos envolviéndose en viscosas telarañas, e insertando sus extremidades en carne amoratada. Hubo arañazos y mordidas, y jadeos que semejantes a los de la muerte. Descansaban únicamente para abastecerse de ginebra y cigarrillos, uno de los cuales apagó el joven con insana alegría sobre el negro ojo falso de su amante. Este punto, una vez removida la esfera de obsidiana, era el orificio favorito del botones, revelaba una concavidad entumecida

y en putrefacción congelada, —nadie más ha penetrado aquí, esta es la vena que lleva al amor y por ella serás mío para siempre— le decía antes de besar el hueco macerado. Tal despliegue de romanticismo infantil conmovía profundamente a Claude, que por lo mismo albergaba una creciente congoja por su inminente partida.

La realidad no tenía cabida en la espesa atmósfera de ese serrallo, irrumpía únicamente por el balcón, con el vocerío de mercachifles indios y la campana del viejo tranvía. Claude, sin embargo, intentaba explicar en vano que el idilio no podría durar.

—Cada uno de nosotros, criatura, sólo dispone de una cierta cantidad de tiempo con alguien. No importa con cuánto ahínco intentemos arrancar esas horas devuelta, éstas se disuelven irremediablemente en el vacío como la arena que corre en el reloj.

—No sé qué hayas hecho o a donde vayas, pero a mí tampoco me queda nada en este puerto maldito, botones no es exactamente una carrera que cueste dejar. No soy idiota, tendrás a otros, yo también, pero es claro que lo que hemos degustado en estas cuatro paredes ya nos es tentación irresistible y no lo conseguiremos con alguien

más. Inevitablemente ansiaremos regresar el uno al otro, como guiados por el reflujo de las olas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? De que esto no fue una diversión pasajera quiero decir.

—No lo sé. Está en mis astros supongo.

Decía esto con absoluta seriedad: el esbelto brazo apoyado sobre la sudada melena, el hombro ligeramente doblado como el tallo de un lirio sobre la almohada y la mirada nebulosa teñida de una ligera confusión. Claude sintió el sordo golpe del remordimiento, pero se mantuvo resuelto, las instrucciones eran claras. El pasaje seguro estaba garantizado solamente para él, sin acompañantes de ningún tipo y ciertamente no de esa calaña,

— Ah *mon cherie*, me temo somos náufragos sin remedio en este mundo que pare dolorosamente, a nosotros también nos corresponde nuestra porción de miseria así sepamos cómo evitarla— No era el tipo de persona para el melodrama de las despedidas, así que contra su íntimo deseo se decidió por la usual brutalidad.

—Además me has resultado una putica muy costosa, y a donde voy consigo tres de tu clase por la mitad del valor. Siento que a pesar de todo te hayas dejado llevar, eso les pasa a las manos inexpertas y no hay vergüenza en ello. Me

voy a asear, huelo a francés, en mi pantalón está la billetera, coge lo que consideres y vete— Le sirvió al punto una última ginebra, guiñó el ojo como un bufón y entró al baño sin voltear pues sabía que no podría soportar sus lágrimas que esta vez serían de inútil pena y no de oscura satisfacción.

Terminó de usar el bidet cuando oyó el estallido, no necesitaba abrir la puerta para comprender. Su fiel Luger, siempre cargada y siempre dejada en el cajón de la cómoda. Qué imbécil era. El muchacho convulsionaba sobre las sábanas, la pólvora se había sumado al nocivo hedor y las plumas de la almohada se mecían en el aire como nieve carmesí. Se había dado en un pulmón, seguro apuntando al corazón. Claude se alzaba sobre él, mudo y pálido, le agarró la mano y limpió inútilmente del rostro contorsionado algunas gotas de sangre con su pañuelo. Se llevó entonces la tela impregnada de fluido a la boca, lamiéndola cuidadosamente mientras miraba fijamente al botones que, aunque no podía hablar, empezaba a esbozar una torturada sonrisa.

—Nadie te dio permiso de matarte querido, me has destrozado la habitación, tendremos que remediar esto— le dijo con juguetona molestia. Desprendiendo la Luger de

su frígido agarre, pasó la sabana por el cañón ensangrentado y puso suavemente la punta metálica sobre los labios del moribundo cuyos estertores cada vez se oían menos.

—'Tu alma que, revoloteando, asciende a los cielos' leí alguna vez que escribió Adriano sobre su Antínoo ahogado. Sobre ti diría en cambio, 'vil meretriz, que careces de alma, fue empeñada hace mucho. Te queda tal vez un espectro de lujuria condensada con rasgos de chivo y de mujer, restos que seguramente serán arrastrados hasta los infiernos. Afortunadamente, mi pequeña bestia, yo voy para el mismo lado'—

Se apagaban los últimos fuegos en los ópalos de su amante, Claude se inclinó hasta su cuello oliendo la fragancia embriagante de pánico que desprendía, besó sus rizos empapados y frotó sus temblorosos brazos. Antes de sentir que se le iba por completo el pulso embutió la pistola en su garganta y abrió fuego sobre el paladar. Fue el único asesinato en el que tembló antes de jalar el gatillo.

Quedaban cuatro días para que llegara la esperada ayuda, pero incluso en la alcantarilla a cielo abierto de Alejandría un cadáver abaleado atraía la atención, más aún en esas lúbricas circunstancias. El fugitivo decidió embarcarse en

el primer barco disponible, un buque que iba a llevar una carga de enlatados a Lourenço Marques. El capitán, aficionado a la historia militar, aceptó llevarlo como polizón con la condición de que le diera su Luger. Aunque estaba en un aprieto desesperado le sorprendió mucho a Claude lo poco que le costó desprenderse de ella. Fue a la cubierta a fumar mientras el barco calentaba sus motores. Era la última oportunidad para contemplar el malecón, manchado en su mente con esa sórdida aventura que apenas él recordaría. Contemplaba sobre la baranda las hélices que empezaban a girar cortando el estancando aire nocturno mientras revolvían una turbia espuma.

La hoja del metal brillaba con la luna y a Claude le pareció que las aspas desprendían un fulgor similar al par de ópalos desorbitados y carcomidos de terror que había dejado extintos en la carcasa del Hotel Metropole. Su próximo destino no inspiraba tampoco mucha confianza, a duras penas podía ubicar Mozambique en el mapa. Evocó Lourenço Marques, a sus arrabales y burdeles de negros, a La Plata, al Paraguay y a todas las interminables selvas y pantanos del orbe podrido y se preguntó sí en alguna de esas comarcas ignotas que servían de refugio a la barbarie encontraría alguna vez otro dios viviente. Otra presa

ajustada a su insaciable apetito de chacal, otro rostro sacro forjado al albor de todo, bajo la mirada de la sierpe sobre la piedra y de un gélido sol de rayos negros. Se figuraba que no, que ese tipo de castigo le era enviado sólo una vez a los hombres.

El aspa cortó el cuerpo de Claude en dos mitades simétricas escondiendo el berrido agónico tras un mecánico estruendo. Progresivamente hundido y desmenuzado hasta lo irreconocible ni un rastro de su fino traje o un indicio de su vergonzante infección flotó sobre las aguas. De sus restos molidos quedó tan sólo el ojo de obsidiana, meciéndose sobre el agua ensangrentada y reflejando a través de la marea la lumbre de las constelaciones que nos arrastran en su pretérito silencio hacia una inexorable perdición.